sucesivos refuerzos, los Griegos invocaron entónces la proteccion de la Inglaterra. Este paso, fundado en la necesidad y apoyado en el recuerdo de los servicios que la Gran Bretaña habia prestado á la Grecia, no tuvo el resultado que esperaban.

Sin embargo los trabajos del sitio de Missolonghi duraban hacia cerca de tres meses. Esta plaza, cercada estrechamente por Rechid-Bajá, se hallaba en la situacion mas crítica. El 2 de agosto, el serasquier intimó á la guarnicion que se rindiese; lo que rehusó. La mañana siguiente al amanecer los musulmanes probaron el asalto y fueron rechazados. La flota otomana que maniobraba cerca de Missolonghi se retiró delante de una division de veinte y tres velas, mandada por Miaulis, y se dirijió hácia Alejandría para recibir en ella refuerzos. La escuadra ejipcia, que se encontraba en este puerto, habia corrido poco antes el mayor peligro; el intrépido Canaris se atrevió á penetrar de dia en medio de las embarcaciones enemigas con tres brulotes bajo pabellones estranjeros. Fué pronto reconocido, pero logró escaparse sin haber podido realizar enteramente el proyecto atrevido de incendiar la flota de Ibrahim-Bajá.

En fin, despues de diferentes tentativas para apoderarse de Missolonghi, Rechid-Bajá, cuyos trabajos fueron interrumpidos por las lluvias de otoño, tomó el partido de abandonar su campamento y fué á establecer su cuartel jeneral en Urachori, desde donde dirijia las operaciones militares y enviaba destacamentos para inquietar la guarnicion, esperando volver á principiar el sitio, tan luego como llegasen los refuerzos que debia traerle el kapudan-bajá

Las operaciones militares en la Morea fueron insignificantes, limitándose únicamente á escaramuzas é infructuosas tentativas por parte de los Griegos para reconquistar á Tripolitza, en donde Ibrahim Bajá habia establecido su cuartel jeneral. Este último se trasladó á Navarino, en noviembre, para recibir la escuadra de Alejandría, compuesta de ciento treinta y tres velas; y habiendo reforzado su ejército con las tropas que desembarcaron, tomó la ofensiva; despues de haber batido á los Griegos en varias ocasiones, trasladó su cuartel jeneral á los Dardanelos de Lepanto.

Confiado Sultan-Mahmud en el valor de Ibrahim Bajá, le encargó el sitio de Missolonghi, dando las órdenes oportunas a Rechid-Bajá y al kapudan-bajá para que ayudasen en las operaciones militares al jeneral ejipcio. Pusiéronse de acuerdo estos tres jefes para dar un asalto el dia 27 de diciembre, el que no tuvo el resultado que esperaban. Despues de aquel contratiempo, se retiró la escuadra turca á Patras, y las tropas musulmanas abandonaron sus trabajos, dirijiéndose al monte Aracynto, en donde se fortificaron.

Recibieron entónces la noticia de la muerte del emperador Alejandro. Miraron los Griegos este suceso como una calamidad porque contaban con el apoyo del czar. El sultan por su parte confiaba que el nombramiento del sucesor de Alejandro ocasionaria en Rusia algunas disensiones y que la Rusia no se encontraria en posicion de ocuparse de los negocios de la Grecia, y de la evacuacion de la Servia, Valaquia y Moldavia; por lo que fueron desatendidas las negociaciones del embajador inglés Mr. Stratford-Canning, encargado de intervenir en favor de los Griegos, á quienes el Gran Señor estaba dispuesto á perdonar, pero con quienes no queria tratar, considerándolos como unos esclavos rebeldes. Equivocóse el sultan en cuanto á los disturbios que esperaba en Rusia, y tuvo que ceder á las reclamaciones del emperador Nicolás.

El 22 de abril de 1826, cayó Missolonghi en poder de los Ejipcios, pero no fué sino despues de verse reducida la guarnicion à una completa escasez de víveres; tomando entónces la heroica resolucion de abrirse paso, á mano armada, por entre las filas enemigas. Quedaron en la ciudad un corto número de soldados de la guarnicion, los ancianos, los

heridos, los niños y las mujeres; muchas de estas, vestidas de hombres, no quisieron abandonar á sus maridos y participaron de los peligros de aquella arriesgada salida. Mil ochocientos Suliotas consiguieron únicamente llegar á Salona, en medio de los mayores peligros y fatigas, mientras que sus valientes hermanos de armas que se atrincheraron en el bastion Botzaris lo hacian volar, enterrándose debajo de sus ruinas con mas de dos mil Musulmanes.

La noticia del triunfo de Ibrahim y la llegada á Constantinopla de las cabezas y orejas de los vencidos, entusiasmó á toda la poblacion; pero Sultan Mahmud no se hacia ilusiones de un suceso que le habia costado tan caro: asustábase de la terrible resistencia de los Griegos, porque reconocia la superioridad del valor disciplinado de sus enemigos sobre el brutal de sus Musulmanes. Para remediar este mal tan inveterado, causa primordial de todas las desgracias de las armas otomanas, resolvió por fin poner en ejecucion el plan que habia premeditado hacia ya mas de quince años, y que habia concebido durante su reclusion con el desventurado Sultan-Selim III. Tratábase nada menos que de cambiar todo el sistema militar, someter el ejército, y particularmente los jenízaros, á la táctica europea, único medio de resistir á sus vecinos aguerridos, y cuyas fuerzas se duplicaban por medio de las sabias maniobras de la estratejia moderna. Mahmud estaba además persuadido que el órden y la tranquilidad no podrian reinar en el imperio mientras que los cuerpos indisciplinados de los jenízaros oprimiesen la poblacion; *creyó por fin llegado el momento*, dice el historiador turco que refiere estos graves sucesos, *de abrirse con el alfanje el camino de la gloria haciendo la felicidad del pueblo, cortando los matorrales llenos de espinas que se oponian á su marcha y rasgaban su manto imperial.* Despues de haber consultado con los primeros funcionarios del estado y de haberse asegurado de la cooperacion de los principales jefes de los jenízaros, convocó una asamblea jeneral en casa del mufti. El gran visir Muhammed-Selim-Bajá pronunció un discurso lamentándose del estado de insubordinacion, de la cobardía é ignorancia de los jenízaros, y reclamó los consejos de los individuos de aquella reunion para poner un remedio á los males que amenazaban arruinar el imperio de Osman. El dictámen unánime fué que la reforma era de absoluta necesidad, y los mismos jefes de los jenízaros, presentes en aquel consejo, se apresuraron á reconocer la urjencia de aquella medida. Leyó entónces el primer secretario del gran visir el proyecto de decreto para la formacion de un cuerpo regular de tropas en activo servicio, sacado de las cincuenta y una *ortas* de los jenízaros, y para su organizacion é instruccion militar. Despues de aquella lectura firmaron todos los presentes la obligacion formal de cooperar para que las miras de S. A. tuviesen su debido cumplimiento; fué en seguida comunicado y leido á los oficiales y subalternos de los jenízaros, quienes lo aprobaron tambien y pusieron sus sellos.

Procedióse en consecuencia á la formacion del nuevo ejército; y los oficiales recibieron, el 12 de junio de 1826, las primeras instrucciones del ejercicio en el Et-Meidani. No tardó esta innovacion en servir de texto á las declamaciones de los enemigos de todo progreso, que tanto abundan entre los Otomanes. El gran visir, *para cortar con las tijeras de la amenaza la lengua de esos perniciosos habladores*, dió una proclama demostrando la necesidad y la legalidad política y relijiosa de las nuevas medidas, y amenazó castigar á los que hablasen mal de ellas. Muchos jefes de los jenízaros, y aun los que se habian comprometido los primeros en sostener los proyectos del gobierno, se oponian en secreto. En la noche del 15 de junio se reunieron los conjurados en masa en el Et-Meidani: un destacamento fué á atacar al agá de los jenízaros; pero no habiéndole encontrado en su casa rom-

pió á culatazos las puertas y ventanas, pegándola fuego, que afortunadamente se apagó por sí mismo. Enviaron emisarios al kul-kiahiazi Hazan-Agá para atraerlo al partido de los rebeldes, pero se desembarazó de ellos con una respuesta muy política, y permaneció en su casa *consumido de pesares y apoyada la espalda contra la pared del asombro.*

Al amanecer estaban ya reunidos los kazanes en el Et-Meidani. Recorrian los subalternos los barrios del castillo de las Siete Torres, de *Asma-Alti* y de *Oun-Kapani*, madriguera de toda la pillería de la capital, buscando cómplices. Reunieron mucha jente, y no tardaron los rebeldes en presentar una masa imponente. Saquearon el palacio del gran visir: afortunadamente para el primer ministro hallábase á la sazon en su casa de campo de Beilerbei, á una legua de Constantinopla.

Esparciéronse los jenízaros por la ciudad, vociferando gritos de muerte contra los ulemas y los ministros. Avisado el gran visir de aquel desórden, se trasladó al serrallo, dió parte al sultan, reunió los grandes funcionarios, y mandó á los oficiales de su casa y á los jefes de los jenízaros conducir sus tropas á palacio. Habiéndose ocultado el agá Djelal-uddin fué reemplazado por el kul-kiahiazi, quien comisionó á Rachid-Efendi para que preguntase á los rebeldes qué era lo que pretendian. Contestaron aquellos que querian las cabezas de los que habian aconsejado el nuevo decreto. Informado de semejante pretension, hizo saber el gran visir á los amotinados que no sufriria que derribasen el nuevo sistema, y que iba á emplear la fuerza para someterlos. Pasó entónces á la casa de las fieras, edificio colocado en lo interior del serrallo, que era el punto indicado para la cita jeneral. Presentáronse al momento en masa los ulemas, los doctores, los profesores, los estudiantes, los soldados de marina, los zapadores y los jefes de la artillería conduciendo cañones: reuniéronse todos al rededor del gran visir, esperando con impaciencia la llegada del sultan. Aquel príncipe, que estaba entónces en Bechik-Tach, se apresuró, luego que recibió el aviso del primer ministro, á tomar su barquilla destinada á sus paseos de incógnito, desembarcó en el serrallo y dirijió á sus fieles defensores una alocucion que los entusiasmó sobremanera: juraron vencer ó morir por su soberano, suplicándole que hiciese enarbolar el estandarte del Profeta, y pidieron marchar al instante contra los rebeldes. Quiso el sultan ponerse al frente, pero cedió á las instancias de sus oficiales que le suplicaron que no espusiese su sagrada persona. Pregoneros y alguaciles de los tribunales recorrieron las calles de Constantinopla llamando á los buenos musulmanes á la defensa de su soberano y del estandarte del Profeta. A su voz la poblacion casi entera corrió á la plaza de palacio. Hizo el sultan distribuir armas, entregó al mufti *el majestuoso ciprés del jardin de la victoria, la bandera verde del príncipe de los profetas,* fué á colocarse en el mirador encima de la puerta imperial, desde donde veia la plaza del palacio y el jentío que corria á reunirse al estandarte de Mahoma.

Acompañado el gran visir del mufti, de los ridjales y de los ulemas, estableció su cuartel jeneral en la mezquita de Sultan-Ahmed, cerca del hipodromo. Envió desde allí al encuentro de los rebeldes á Huzein-Bajá y á Muhammed-Bajá á la cabeza de varios rejimientos, seguidos de muchísimos estudiantes y ciudadanos de todas clases. Despues de la salida de estos, invitó el mufti á la asamblea á que hiciese oracion, y recitó el primer capítulo del Alcoran, que todos los asistentes escucharon con la cara al suelo. El vice-intendente de los jenízaros y algunos oficiales de aquella milicia, acercándose entónces al gran visir, besaron humildemente el estremo de su túnica, ensayando disculpar á sus compañeros; pero el ministro no cedió, y por el contrario invitó á los Turcos que se hallaban en el patio de la mezquita á que marchasen á las órdenes de Nedjib-Efendi; el pueblo le siguió en masa.

Atemorizados los rebeldes con la aparicion del estandarte del Profeta, quisieron impedir que se reuniese el pueblo al rededor de aquel estandarte respetado, colocaron destacamentos á los alrededores de la mezquita de Sultan-Bayezid, y en todas las calles que conducen á la Ahmedíia; pero fueron abandonados muy pronto aquellos puestos; reuniéronse todos los rebeldes en el Et-Meidani, cerraron las salidas de aquella plaza y formaron barricadas con piedras muy gruesas.

Las tropas del sultan rodearon al momento aquel barrio, foco permanente de las rebeliones pretorianas. Antes de empezar el ataque, procuró Ibrahim-Bajá aconsejar á los jenízaros que depusiesen las armas, prometiéndoles el perdon de S. A.; *pero querer persuadir á las personas testarudas, es ensayar y querer que una bola permanezca inmóvil sobre una esfera*; contestaron los insurjentes con mofa y escarnio á las proposiciones de Ibrahim. Los bajáes mandaron entónces hacer fuego: una bala de cañon rompió una de las puertas y penetraron las tropas en la plaza; retiráronse los jenízaros á su cuartel, pero habiendo pegado fuego á las tablas de los carniceros, inmediatas á los cuarteles, y que rodeaban al Et-Meidani, fueron abrasados todos los edificios juntamente con los rebeldes que se habian encerrado, y las descargas de artillería consumaron la destruccion principiada por el incendio.

Dieron parte al momento de la completa derrota de los rebeldes, y los pocos que escaparon de las llamas y del hierro fueron encadenados y encarcelados; siete de ellos fueron ahorcados la misma tarde y arrojados al pié del famoso plátano, que se eleva en medio del hipodromo, en cuyo sitio amontonaron en aquel dia mas de doscientos cadáveres. A la vista del horroroso espectáculo que ofrecia el Et-Meidani, improvisó el poeta Muhammed-Izzet-Molla-Efendi los versos, cuya traduccion es la siguiente:

« Hombres impíos ahorcaron en otro tiempo delante de la mezquita de Ahmed-Khan á los inocentes siervos de Dios. Yacen en el dia y en el mismo sitio criminales privados de la vida. Arbol, cuyas ramas estaban cargadas poco ha de cuerpos humanos, y cuyo pié está ahora rodeado de cadáveres, eres verdaderamente el árbol del *ouacoac*; tus frutos estaban maduros, ya han caido.»

La capital vió con placer el castigo de los jenízaros. El momento era favorable y Sultan-Mahmud supo aprovecharlo. Un decreto del 16 de junio anunció la estincion de los jenízaros y la reorganizacion de las milicias bajo otro nombre y otra forma.

En pocos dias se completó la grande obra de la destruccion de los jenízaros, de esa milicia pretoriana é insolente que hacia temblar hasta sus mismos soberanos y que habia adquirido el derecho de destronarlos. Cinco ó seis mil jenízaros perecieron en aquel dia. Quince mil fueron desterrados al Asia. El historiador musulman que nos ha servido de guia en la narracion de este suceso tan memorable, ha probado con ejemplos, que los jenízaros, lejos de ser el apoyo de su nacion, eran sus verdaderos opresores. Componíanse en los últimos tiempos de lo mas perdido é inmoral de la capital, cometiendo las mayores tropelías y vejaciones sin que las autoridades lo pudiesen remediar. Por último, para formarse una idea de lo que era aquella milicia, bastará citar que estando encargado de la vijilancia y seguridad, durante la noche, de las personas y propiedades de los habitantes de la capital, pegaban fuego ellos mismos á las casas para robarlas con mayor seguridad, y violar las doncellas y mujeres que las habitaban; por lo que no es difícil comprender que aquél gran golpe de estado fué jeneralmente aplaudido por la poblacion entera. Recibió el sultan las felicitaciones de los grandes dignitarios del imperio y de las clases acomodadas de la sociedad, á quienes contestó el sultan que la

providencia le habia concedido una victoria que habia negado á sus mayores, declaró que, libre ya de los obstáculos que oponian los jenízaros á toda clase de mejoras, queria dedicarse enteramente á procurar la felicidad de su pueblo, y que en consecuencia daba principio á la obra desterrando las confiscaciones, en beneficio del fisco, de ciertas herencias, abuso introducido despues de la muerte de Sultan-Mahmud I. Suplicó en seguida á los individuos de la asamblea que le indicasen las reformas necesarias en la administracion del estado, prometiéndoles seguir su consejo.

Queriendo Sultan-Mahmud asegurar la tranquilidad de Constantinopla, mandó salir de la capital á todos los que no tuviesen un modo de vivir conocido; de cuyas resultas salieron de la ciudad mas de veinte mil vagamundos. El cuerpo de los yamakos, autor principal de la muerte de Sultan-Selim, fué disuelto; algunos de ellos se incorporaron en el nuevo ejército, y los demás fueron licenciados.

Seguia con actividad la organizacion de las nuevas tropas llamadas *soldados de Mahoma*. Al cabo de pocos dias fué el sultan á inspeccionar el primer rejimiento completo, y quedó admirado y encantado de la exactitud y destreza con que los nuevos soldados hicieron el ejercicio de fuego y otras muchas evoluciones á la europea.

La supresion de los derwiches *Bektachis* siguió de cerca á la de los jenízaros. Esta secta, íntimamente relacionada con la milicia proscrita, fué acusada de estar en correspondencia criminal con los jenízaros, de haber tomado parte en todos sus motines, de profesar máximas contrarias al Alcoran, y de entregarse en lo interior de sus conventos á los mayores desórdenes y escesos. En consecuencia, y segun el parecer del mufti y de los principales ulemas, fueron decapitados públicamente los tres jefes de la congregacion de los Bektachis, el 4 zilhidjé (10 de julio), y fué enteramente suprimido el órden; derribados los conventos y desterrados los mas de los derwiches, y los que por gracia particular consiguieron permanecer en Constantinopla, abandonaron el traje monacal.

Siguió Sultan-Mahmud su plan de mejoras, tan necesario al bien del estado. Licenció toda la caballería que estaba tan desmoralizada como los jenízaros; y en cuanto á las demás milicias, fueron reorganizadas con arreglo á las nuevas ordenanzas y sujetas á la instruccion europea.

A fines de agosto y en el momento mismo en que iban á trasladar el estandarte del Profeta á la gran mezquita, se manifestó un horroroso incendio en las cercanías de la puerta del Jardin que devoró, en treinta y seis horas, cerca de la octava parte de la ciudad. No se habia conocido una catástrofe tan deplorable desde el año de 1780. En aquella lamentable circunstancia manifestó el sultan una enerjía y al mismo tiempo una humanidad digna del mayor elojio: abrió las puertas del serrallo y de los demás palacios á los desgraciados que se encontraban sin asilo, les hizo distribuir toda clase de socorros, y mandó reedificar á sus espensas una gran porcion de los almacenes y mercados. Pero no queriendo dejar á los descontentos la posibilidad de aprovecharse de la confusion que ocasionó aquel desastre, puso sobre las armas á todas las tropas regulares, é hizo que los ajentes de la policía recorriesen disfrazados las calles de la ciudad; entraban en los cafés y en todos los parajes públicos para denunciar á todas las personas que tratasen de política. Los imprudentes, de cualquier rango y clase que fuesen, eran decapitados en el mismo acto; no perdonaron ni á las mujeres; pero en lugar de cortarles la cabeza, las tiraban al mar despues de haberlas cosido dentro de unos sacos. Aquellas medidas de rigor produjeron una profunda impresion, é impusieron el mayor silencio.

Hubo sin embargo una tentativa de conspiracion hácia mediados de

Mosquée de Mamoud II à Tophana.

Mezquita de Mamoud II en Tofana.

octubre, á cuya cabeza se hallaba un ex-derwiche: fué denunciado á la autoridad por algunos individuos de la conspiracion, y sufrió el tormento con la mayor firmeza. Fueron tambien ejecutados muchos jenízaros y deportados otros. Aquel nuevo triunfo afianzó las reformas de Sultan-Mahmud; los oficiales y soldados, estemulados con el ejemplo del soberano, que vestido con uniforme ejipcio y un látigo en la mano, asistia á las maniobras y ejercicios, se aplicaban con el mayor celo al estudio del ejercicio á la europea. Continnaban en Grecia las operaciones militares de Ibraim y de Bechid-Bajá, pero sin ningun resultado decisivo.

Mientras que el Gran Señor seguia sin descanso su sistema de rejeneracion militar y sus preparativos para sujetar á los Griegos, trabajaban los embajadores de Francia, Inglaterra y Rusia cerca del sultan en favor de los Helenos; pero infructuosamente. Firmaron entónces en Lóndres las tres potencias, el dia 6 de junio de 1827, un tratado por el que ofrecian á la Puerta su mediacion para terminar la guerra, y para arreglar las relaciones que deberian existir en lo sucesivo entre los Griegos y los Turcos. Por un artículo adicional convinieron que si estos últimos se negaban á suspender las hostilidades, emplearian las tres potencias la fuerza de las armas para obligarles á suspenderlas, y que enviarian sus cónsules á Grecia. Pero no pudieron vencer la obstinacion del Gran Señor, porque estaba persuadido que aquella alianza momentanea de las tres potencias no duraria mucho tiempo; no ignorando el sultan lo mucho que interesaba á la Francia y á la Inglaterra el que no se engrandeciese la Rusia; y concluia con bastante lójica, que estas dos primeras potencias no consentirian jamás en la destruccion de la Puerta. Esperaba además Sultan-Mahmud poder sujetar á los Griegos antes que recibiesen los socorros de la intenvencion estranjera, siempre tardíos, á causa de las fórmulas diplomáticas; y esta opinion no dejaba de tener algun fundamento, como lo acreditó el feliz principio de la campaña de 1827, de la que vamos á decir cuatro palabras.

La llegada de lord Cochrane, anunciada hacia ya tanto tiempo, y la de sir Ricardo Church, parecian que debian realzar la causa de los Griegos. Fué nombrado el primero *Navarqué-Autocrator*, ó gran almirante, y el segundo jeneralísimo de las tropas de tierra.

La asamblea nacional de los Helenos nombró al conde Juan Capo de Istria jefe del gobierno. Habian tomado todas las disposiciones para atacar por mar y por tierra á los Turcos que bloqueaban á Atenas, pero fueron rechazados por Rechid-Bajá. La guarnicion de Atenas perdió entónces toda esperanza de socorro y capituló, entrando en ella los Turcos el 5 de junio. Ibrahim-Bajá continuaba asolando la Morea; y los Griegos se entregaban á todos los horrores de la guerra civil. Acaeció en Nauplia de Romanía una lucha sangrienta, en el mes de junio, entre los partidos opuestos, presentando entónces la Grecia el cuadro de la mas horrorosa anarquía; y cuando la causa de los Helenos parecia perdida, recibieron estos la noticia oficial del tratado de intervencion del 6 de junio. Admitió el gobierno griego la proteccion que le ofrecian, y suscribió al armisticio propuesto. Este incidente feliz calmó momentaneamente las disensiones civiles, siendo jeneral la alegría por la esperanza que les hizo concebir su próxima libertad. Pero fué corta aquella alegría, porque la Puerta se negó á tratar con sus súbditos rebeldes, y continuó las hostilidades. Entónces fué cuando las tres potencias resolvieron emplear la fuerza para reducir al sultan á que admitiese la intervencion.

La escuadra ejipcia, que habia salido de Alejandría, entró en Navarino en 9 de setiembre. El vice-almirante inglés, sir Ed. Codrington, cruzó delante de este puerto esperando los navios franceses y rusos: la escuadra del contra-almirante de Rigny se reunió con la escuadra inglesa. Estos dos jefes comu-

nicaron á Ibrahim-Bajá las órdenes que habian recibido de sus gobiernos en consecuencia del tratado del 6 de julio. Hicieron un convenio provisional por el que se obligó Ibrahim, bajo palabra de honor, á no dejar salir su escuadra de Navarino hasta recibir órdenes de su padre y del sultan, á quienes despachó correos estraordinarios. Con aquella promesa formal dejaron sus cruceros para hacer víveres; la primera fué á Milo y la segunda á Zante: apenas abandonaron aquellas aguas Mr. de Rigny y sir Codrington, salieron del puerto de Navarino dos divisiones de la flota ejipcia. Avisados por dos fragatas que habian quedado de observacion, de esta violacion de la promesa de Ibrahim, regresaron los dos almirantes con la escuadra rusa que se les habia incorporado, mandada por el vice-almirante Heyden. Convinieron entónces las tres escuadras combinadas entrar en el puerto de Navarino para renovar á Ibrahim las proposiciones que le habian hecho ya. Sir Codrington, como el mas anciano de los tres almirantes, tomó el mando de aquella espedicion, y la escuadra inglesa entró la primera en el puerto, el 20 de octubre, á la que seguia la escuadra francesa, formando la retaguardia la escuadra rusa. Componíanse las fuerzas aliadas de veinte y tantos buques de todas clases: la escuadra turca se componia de mas de sesenta velas y se habia colocado al rededor de la bahía en una triple línea formando una media luna. Se rompió el fuego sin saber cómo, segun dicen, pero el combate fué terrible; los navíos musulmanes opusieron durante tres horas la mas estóica intrepidez al valor y destreza de los marinos de las escuadras cristianas. Los incendios y las esplosiones se sucedian mutuamente en aquel estrecho recinto: y á las siete de la tarde no quedaban ya de toda aquella escuadra turca sobre las aguas mas que unas veinte corbetas y bergantines, abandonados por sus tripulaciones.

Ibrahim-Bajá estaba ausente cuando destruyeron su escuadra. Regresó á Navarino cuatro dias despues y quedó sumamente afectado de aquel desastre, pero sin demostrar ningun movimiento colérico; y lejos de entregarse, como era de temer, á crueles represalias contra los cristianos que habia en Navarino ú en las plazas en donde él mandaba, declaró que castigaria con la última pena al que se atreviese poner la mano sobre ningun Francés, y únicamente se ocupó en recojer los tristes restos de su escuadra.

La Puerta no tuvo conocimiento de la catástrofe de Navarino hasta 1.º de noviembre: fué muy grande el sentimiento que produjo aquella noticia en el divan. Los embajadores de las tres potencias aliadas trabajaron en vano pare reducir al sultan á que reconociese la independencia de la Grecia: no solamente se negó S. A., sino que pidió una indemnizacion por la destruccion de su marina; y por un decreto del 18 de diciembre de 1827, llamó á todos los musulmanes á una guerra nacional y relijiosa, particularmente contra los Rusos.

Mientras que Sultan-Mahmud empleaba todos los medios para escitar el valor de sus súbditos, desembarcaba el coronel Fabier con dos mil hombres en Chio, en donde mandaba Yezuf-Bajá, y le obligaba á cederle la posesion de la isla, encerrándole en la fortaleza. Pero habiendo Yuzuf recibido socorros de Tchechmé, rechazó á los Helenos, que tuvieron que levantar el sitio.

El jeneral Church, al frente de una division de tres mil hombres, marchó contra Missolonghi; Rechid-Bajá corrió al socorro de la plaza, y el mal tiempo puso fin á las operaciones militares.

El principio del año 1828 fué notable por la severa proscripcion de los Armenios católicos, oriundos de Angora: aquellos cristianos estaban separados de la Iglesia de Oriente y de la de Roma desde el siglo sexto: en el siglo décimooctavo se reunieron muchos de ellos á la Iglesia de Roma. Se alarmó la Puerta, que habia despreciado aquella reunion, cuando supo que muchos Armenios unidos se habian puesto

bajo la proteccion de la Rusia, y mandó la espulsion de Constantinopla de todos los que estaban domiciliados; cuyo número ascendia á veinte y siete mil individuos. Perecieron muchos de aquellos infelices desterrados, los unos sumerjidos en el mar, los otros en medio de las escarpadas montañas cubiertas de nieve; y fueron pocos los que se salvaron y llegaron al Asia.

A pesar de la obstinacion del sultan en mirar á los Griegos como esclavos rebeldes, les hizo ofrecer una amnistía jeneral; pero si la hubiesen admitido, hubieran destruido la independencia de la Grecia, y hubieran perdido el rango de nacion en el que la habian colocado las potencias aliadas; el presidente de la Grecia rehusó formalmente las proposiciones de la Puerta, en una nota que pasó, el 9 de junio, contestando al sultan. Recibieron, pocos dias despues, la noticia de que la Rusia habia declarado la guerra á la Puerta, lo que causó una viva sensacion á los Griegos, porque favorecia su causa, obligando al sultan á emplear todas sus fuerzas contra su terrible adversario.

No por eso dejó el Gran Señor de continuar con la mayor actividad su organizacion militar y los preparativos para la próxima campaña, fortificando los Dardanelos y los fuertes sobre el Danubio. En medio de aquellos síntomas de guerra pasaron el famazan con la mayor tranquilidad, y celebraron el Beiram con las solemnidades acostumbradas. Despues de quellas fiestas recibieron en Constantinopla el manifiesto de la Rusia y la noticia de que el feld-mariscal conde de Vittgenstein habia pasado el Pruth. Reunióse al momento el divan, y resolvieron rechazar la fuerza por la fuerza y defenderse hasta el último estremo. Los embajadores estranjeros se esforzaban, pero siempre en vano, en hacer adoptar al sultan miras pacíficas; no hubo medio de hacer desistir á S. A. de sus proyectos de resistencia á mano armada. El serasquier Huzein-Bajá fué nombrado comandante de la division, destinada á protejer á Chumla; Yuzuf, bajá de Seres, y el kapudan-bajá Izzet-Muhammed fueron encargados de la defensa de Varna; Khosrew-Bajá, favorito del sultan, recibió la direccion de los trabajos y el mando de la capital.

El gran duque Miguel atacó, en mayo, la ciudad de Ibrail, de la que se apoderó el 18 de junio, despues de una heróica resistencia y de haber causado mucha pérdida á los sitiadores. En el mismo mes, el teniente jeneral Roudzewitch atravesó el Danubio dirijiéndose contra Ishaktche, que tuvo que capitular al cabo de poco tiempo. Casi en el mismo momento abrieron sus puertas á los Rusos las plazas de Dobruscha, Toultcha, Matchin, Hirsowa, y Kustendji. El almirante Greigh y el príncipe Mentzikoff batieron á los Turcos cerca de Anapa, plaza fuerte de la Gran-Abazia; el 11 de junio se apoderaron de la ciudad. Por último entraron los Cosacos el 6 de julio, sin ninguna dificultad, en Bazardjik abandonado por su guarnicion.

Todos aquellos desastres que sufrieron las armas musulmanas desde el principio de la campaña causaron algun rumor en Constantinopla, pero no por eso se desaminó el gran sultan: celebraron un gran divan el 18 de julio en presencia de S. A.; discutióse acaloradamente la cuestion de saber si convenia tratar con la Rusia ó probar otra vez la suerte de las armas; habia diverjencia de opiniones, cuando esclamó el sultan: «Que quiten la rienda al caballo que no tardará en llegar al fin de su carrera.» Desde aquel momento ya no se trató mas de la paz; y el gran visir Muhammed-Selim-Bajá se dispuso á salir para el ejército de Daud-Bajá; manifestó el Gran Señor la intencion de ponerse al frente de las tropas con el sagrado estandarte, y de no regresar á Constantinopla hasta concluir la guerra. Formaron un campamento de reserva en Remich-Tchiflik, al que llegó sultan Mahmud, el 15 de setiembre rodeado de una gran pompa militar.

Adelantaban entretanto los Rusos, consiguiendo cada dia nuevas victorias. El 29 de julio llegaron hasta